

Indios y campesinos en medio siglo de la *Revista Mexicana de Sociología*

ARTURO WARMAN

Cincuenta años de publicación continua y regular de la *Revista Mexicana de Sociología* es un buen motivo para celebrar, sobre todo en un medio en el que los proyectos intelectuales están marcados por la discontinuidad y la intermitencia. Son muchas las causas que las explican; la más frecuente y generalizada es la pobreza y la bancarrota económica de las buenas intenciones. Muy ligada con ella aparece el voluntarismo y la ingenuidad. Cuántas discusiones entre amigos terminaron en la fundación de una nueva revista, sin más recursos que las ganas y la certeza que allá afuera hay un mundo que quiere escucharnos. La sexenalidad en la vida intelectual enterró muchas revistas que por su lujo, inesperado e inmerecido, provocaron la envidia y naturalmente, la sospecha. No fueron pocos los proyectos colectivos que por fatiga, peleas o cacicazgos se agotaron al volverse personales. Todas las explicaciones, y muchas más que pueden agregarse, destacan lo excepcional de la permanencia, continuidad y solidez de la *Revista Mexicana de Sociología*.

Todas esas virtudes abstractas se traducen en realidades materiales cuando uno se enfrenta a la colección completa de la *Revista*. Sus casi doscientos números —cada uno como un libro de unas trescientas páginas— llenan un librero de buen tamaño, suficiente para matar o causar daños irreparables si se nos viniera encima. Los más antiguos han envejecido con dignidad: se pusieron amarillos y adquirieron ese olor de libro viejo. De hecho son antigüedades, botín de librero de La Lagunilla. Los primeros números salieron de las prensas antes de que nacieran casi todos los investigadores del actual Instituto de Investigaciones Sociales. Una gama de cromática ilustra los cambios y la continuidad: de los colores claros y opacos del principio, se pasa a los brillantes y agresivos de los números recientes. Todo es sólido y contundente, un verdadero patrimonio en el sentido literal de la palabra. Al recorrer los índices y las páginas aparecen todos los nombres de nuestro acervo intelectual: desde los padres fundadores de la disciplina y nuestros maestros hasta nuestros más recientes adversarios teóricos o terrenales, con los que disputamos los cubículos, el café, las fotocopias. Inevitablemente surge un sentimiento de orgullo propietario; todo esto me pertenece como parte del Instituto, el poseedor de ese legado. Para decirlo pronto: es mío.

La *Revista Mexicana de Sociología* es un producto institucional, no cabe la menor duda. En eso radica su fortaleza y solidez. Por serlo ha sobrevivido a la pobreza, a los cambios y a las disputas. Tiene normas y leyes, que se han modificado con el tiempo para ser sustituidas por otras, no menos imperativas que las previas. Se descubre la importancia de las iniciativas personales en la historia de la *Revista*, pero destaca que fueron procesadas por una corporación, que acaba imponiendo su fisonomía. En la *Revista*, como conjunto, predomina el espíritu de cuerpo, la institución. Sus directores, apenas cinco desde su fundación, sus editores y árbitros, asumieron el carácter institucional, lo preservaron y transmitieron. La *Revista* habla en plural: nosotros el instituto, la universidad, la sociología y ciencias afines. Así fue, así es y espero que así sea. Así la veo cuando la reviso con el propósito de analizarla.

Me aproximo a los cincuenta años de historia con los ojos rasgados por la deformación profesional del antropólogo y campesinista con una posición, con una versión propia de la historia reciente en mis temas de estudio. Entiendo que no puedo juzgar desde el presente, pero tampoco puedo evitar hacerlo. La contradicción no se resuelve y simplemente voy mezclando las de cal con las de arena en mis afirmaciones. El contenido de la *Revista* me parece un buen reflejo de lo sucedido. Como todos los reflejos, a veces se distorsiona y otras pierde nitidez, pero casi siempre se puede reconocer la naturaleza del objeto. Los reflejos no son protagonistas. En los temas indígenas y campesinos, la *Revista* no fue una de las fuerzas promotoras de los cambios en los temas y en los enfoques; tampoco fue de las tribunas principales de los debates, que sucedieron en otros foros; no siempre fue imparcial en la preferencia por sus autores. Pero fue un buen testigo del proceso de transformación en el tratamiento de teorías y temas, además de que desempeñó un papel importante, ese sí protagónico, en la ubicación de los problemas dentro de un ámbito más amplio, sobre todo el latinoamericano. Abrió sus puertas a las investigaciones de los agraristas e indigenistas de otros países; ofreció el contacto entre los autores latino y norteamericanos y los mexicanos, los puso juntos y a veces los revolvió. Con ello mitigó el entusiasmo por los que creíamos nuestros hallazgos, nos informó sobre otras realidades y otras maneras de estudiarlas y entenderlas, nos colocó en perspectiva y trató de fortalecer nuestra modestia. El resumen sumario puede parecer una crítica pero es un elogio incondicional: reflejar lo que sucede y ubicarlo en ámbitos más amplios de discusión es precisamente el papel que podría y debería esperarse de una revista institucional.

Procedo ahora paso a paso para justificar lo dicho. Empiezo por un intento de periodización desde la perspectiva de los temas indígenas y campesinos. Tomando como base sólo los artículos, reconocí cinco períodos, a los que reconozco, sin imaginación, por las fechas de inicio y de terminación. Esas fechas tienen algo de arbitrario: podían moverse hacia adelante o hacia atrás. Eso sucede porque los cambios casi siempre son

graduales. Las tendencias que caracterizan a cada período aparecen antes de la fecha de su inicio y se prolongan más allá de su terminación. En algunos períodos la fecha de inicio está clara, es evidente, pero no queda marcada con la misma nitidez la de terminación. Los rasgos que me parecen dominantes no se vuelven exclusivos, son énfasis, preferencia e intención. Así pasa con los cambios institucionales.

El primer período sucede entre 1939 y 1949, bajo la dirección de don Lucio Mendieta y Núñez, quien permaneció al frente de la *Revista* por veintiocho años. Desde el número 3 del primer volumen y por casi cinco años, la *Revista* tiene un suplemento gráfico en papel de alta calidad, desde donde nos contemplamos rostros indígenas de México con caras serias. Se trata de fotografías de la Exposición Etnográfica de la Universidad Nacional, uno de los proyectos prioritarios del Instituto de Investigaciones Sociales. Con ellas se quería documentar la raza, el tocado y atuendo de los pueblos indígenas. También hay fotos, mucho menos, que ilustran sus casas, sus pueblos y a veces su trabajo, su quehacer. Las fotos tienen cierta rigidez que se traduce en un aire de intemporalidad, como si se tratara de congelar una imagen del pasado inmóvil, sin cambio ni acontecer.

Esas imágenes pueden servir para nombrar una de las preocupaciones y corrientes dominantes en ese primer período de la *Revista Mexicana de Sociología*: la etnografía. Esa preocupación, acaso nacida desde que Lucio Mendieta y Núñez colaboró con Manuel Gamio en la investigación sobre el Valle de Teotihuacán —publicada en 1922—, también se expresó en el plan de trabajo del Instituto de Investigaciones Sociales (número 1 de 1939), en el que se asentaba que se harán “estudios e investigaciones de carácter etnográfico, estadístico, demográfico [...] y de] las condiciones físicas, alimentación y género de vida de los campesinos mexicanos”. En la aproximación etnográfica, indio y campesino aparecen como identidades intercambiables, casi como sinónimos. Por entonces, ciertamente, se consideraba como indios a todos los campesinos mexicanos. Parecía un hecho evidente, obvio, que no requería de criterios rigurosos para sustentarse. Esa visión predominante, casi generalizada, es un dato sobre cómo se concebía la sociedad rural por entonces y la *Revista* lo expresó con nitidez.

Número tras número, por casi diez años, aparecieron uno o varios artículos de contenido y propósito etnográfico. Varios elementos comunes caracterizan a este enfoque: un fuerte énfasis descriptivo —los datos son más importantes que su análisis—; el grupo o hecho social que se describe se considera como característico de una cultura aborigen de México o de América; de manera implícita se supone que el grupo o hecho es antiguo, primitivo, pese a que casi nunca se aporten las pruebas históricas para demostrarlo. Muchos de estos artículos son monografías sobre un pueblo indígena de México: tarascos, huastecos, yaquis, etc., ordenadas conforme a un esquema común, una guía para su redacción. Tratan de mantener un tono objetivo, científico, que con frecuencia se traduce en

una mirada fría, distante, desinteresada. Se trataba de ordenar y sistematizar toda la información sobre los pueblos indígenas de México para formar un catálogo de datos. La explicación está casi ausente, reprimida, como si pudiera pervertir la realidad, pero los supuestos teóricos, aunque implícitos, quedan evidentes. De ese catálogo completo debería derivarse un conocimiento nuevo y sorprendente, una explicación sociológica de profundidad insospechada. No se logró. Me parece que es algo que no se puede lograr. Ésa es la ventaja que proporciona mirar con medio siglo de distancia.

Fueron muchos quienes contribuyeron en este esfuerzo etnográfico. Destaca el antropólogo y extraordinario cuentista Francisco Rojas González, el autor de *El diosero*, que escribe nueve artículos en ese período de la *Revista*. Su estilo literario aparece contenido, pero siempre correcto y fluido, pero no acepta plenamente la renuncia a la explicación y se aventura en la comparación de instituciones indígenas. Roberto de la Cerda y Silva es el más prolífico escritor de monografías étnicas: nueve de ellas en ese período. Muchos autores más contribuyen en este ambicioso esfuerzo etnográfico: Lucio Mendieta y Núñez, Luis Arturo González Bonilla, Alfonso Fabila, Emilio Uribe Ramos... La definición de los indígenas como una raza, todavía predominante en la década de los cuarenta, también está presente en la *Revista* con la participación de Bossano (número 2 de 1942 y número 3 de 1944), Ramos (número 2 de 1942), Gómez Robleda (número 3 de 1948) y de Juan Comas (número 4 de 1941), entre otros. Es difícil el balance del esfuerzo por recopilar información "objetiva" sobre los pueblos indígenas y analizarla "científicamente" con marcos de referencia distantes y externos. Tal vez una historia derivada pudiera ayudar en ese intento.

La colección de monografías étnicas fueron reunidas y editadas como un libro, *Etnografía de México*, con Lucio Mendieta y Núñez como editor. El Instituto de Investigaciones Sociales terminó la impresión en 1957. El libro existe, yo fui poseedor de un ejemplar, pero no aparece en catálogos, bibliografías ni citas de pie de página. Se trata ni más ni menos que de un libro desaparecido. Todo parece sugerir que no fue distribuido. Juan Comas publicó "parcialmente" (según lo asienta en su *curriculum vitae*, publicado en 1972) en la revista *Tlatoani* de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (segunda época, núm. 11, 1959) una demoledora crítica a la etnografía con el título "Crítica científica y espíritu universitario". Señala las inexactitudes y fallas de la etnografía. Pero va más allá: critica el uso de conceptos y categorías caducas y erróneas, como el uso de tipos lombrosianos para la clasificación física, que contienen una simiente de racismo. La crítica de Juan Comas, al parecer apoyada por el dictamen de otros científicos universitarios, provocó el congelamiento del libro inexistente, pese a la respuesta que dio Mendieta y Núñez en el mismo número de *Tlatoani*. Otra vez con la ventaja del tiempo se podrían agregar muchos otros elementos a la crí-

tica de Comas. El esfuerzo etnográfico, más formal que científico, más distante que objetivo, no desembocó en sus metas.

Al margen: acaso ha llegado el tiempo de develar el misterio y el silencio que envuelve a la *Etnografía de México*. Más de treinta años han pasado desde aquel entonces y mucho podríamos aprender de esa secreta historia.

La etnografía es una derivación del evolucionismo unilineal. Tiene sentido sólo si se supone que las prácticas sociales y culturales de los pueblos no occidentales son persistencias de un estadio evolutivo previo. De ahí se deriva otra suposición: que la etnografía sincrónica puede servir como sustituto de la historia para derivar leyes evolutivas. En la actualidad, estos supuestos no parecen confirmados sino todo lo contrario; pero esa es otra historia. Lo dicho me sirve para señalar la presencia de algunos pensadores evolucionistas en el primer período de la *Revista*. La mancuerna de Manuel Gamio y Robert Redfield, que iniciaron su colaboración con un estudio pionero que se proponía conocer no sólo las causas de la emigración de mexicanos a los Estados Unidos sino también su forma de vida en ese país en la década de los veinte, está presente. Por cierto que Robert Redfield publicó (número 4 de 1942) su artículo clásico "La sociedad Folk", que más tarde sería muy importante en la construcción del nuevo concepto de campesino y en su distinción del indio. Gonzalo Aguirre Beltrán, el más importante constructor teórico del indigenismo mexicano a partir del evolucionismo unilineal, también inicia su colaboración en ese período. Pitrim A. Sorokin, colaborador constante por quince años y uno de los grandes sociólogos evolucionistas en Estados Unidos, publicó (número 2 de 1944) un importante artículo: "Dinámica sociocultural y evolucionismo". Vale anotar una paradoja: Sorokin fue uno de los fundadores de la sociología rural en la década de los treinta (cuando publicó un *Manual* que incluye la primera traducción de Chayanov y de otros autores que formaron la llamada "escuela de organización y producción campesina" rusa, que adquirió gran importancia en la discusión de los años setenta), pero sus colaboraciones en la *Revista* no inciden en ésta área y se concentran en el problema de la estratificación social.

En los años de este primer período, la década de los cuarenta, el evolucionismo unilineal, que había llegado a excesos especulativos y a posiciones dogmáticas, se debatía a la defensiva. Sorokin, Redfield o Gamio no fueron cruzados en su defensa, sino que adoptaban posiciones matizadas y a veces hasta disfrazadas. El principal embate en contra del evolucionismo procedía del funcionalismo, que estaba a punto de inaugurar su hegemonía. Uno de los teóricos funcionalistas más importantes en el campo de la antropología, Bronislaw Malinowsky (refugiado en México durante la segunda guerra mundial), publicó dos artículos en la *Revista* durante su primer período. En uno de ellos intenta un análisis antropológico de la guerra (número 4 de 1941), y en el otro (número 1 de 1939) se

refiere a "El grupo y el individuo en análisis funcional". Había pues de Chile, de dulce y de manteca.

El interés etnográfico de la *Revista* en el primer período no se limitó a los pueblos indígenas de México. Se abrió en dos direcciones. Por un lado se incluyeron artículos sobre Folklore de México, que por entonces era equivalente a la etnografía de los grupos no indígenas. En los estudios de folklore también privaba el énfasis descriptivo y permeaba implícita la concepción evolucionista, sólo que en este caso en su vertiente difusionista que postula que los cambios se originan en focos únicos a partir de los que se extienden por difusión. Vicente T. Mendoza (números 2 de 1940 y 4 de 1942) inauguró la línea de estudios de folklore que tendría una larga aunque escasa permanencia. Por otra parte se incluyeron artículos sobre los pueblos indígenas de otros países como los Estados Unidos (número 1 de 1940) y Perú (número 1 de 1941). También colaboraron investigadores que se ocupaban sobre Brasil, donde la nítida distinción entre indio y mestizo o nacional se rompía por la presencia de los africanos. Autores como Dieguez Junior (números 1 de 1945 y 2 de 1947) y Roger Bastide (número 3 de 1946) tuvieron un impacto que se reflejaría más tarde en la concepción de los problemas étnicos. La apertura a los colaboradores de otras partes, especialmente latinoamericanos y estadounidenses, fue una de las características que la *Revista* nunca perdió y que conforma su fisonomía.

La mirada a los problemas rurales y, por derivación, a los sectores campesinos no fue muy vigorosa ni frecuente en ese primer período de la *Revista*, sobre todo si se compara con el interés etnográfico. Uno se sorprende si piensa que el período casi coincidió con el reparto cardenista, ciertamente con las reacciones que provocó, y que su director es uno de los más importantes tratadistas del derecho agrario mexicano. Pero el tema estuvo presente como "Estudio comparativo del ejido" por Fausto Galván (número 2 de 1939) o como análisis de "Los problemas de la agricultura en México", por Leopoldo Flores Zavala (número 1 de 1943), y nada más. Una derivación del tema rural y campesino se expresa a través de la migración a los Estados Unidos. En la década de los cuarenta, el bracerismo alcanzó nuevas proporciones y se firmó un convenio con los Estados Unidos para regularlo. La presencia de los mexicanos fuera de su país sólo mereció la atención de la *Revista* en dos artículos de sociólogos estadounidenses: Humfrey (número 3 de 1945) y Jones (número 1 de 1946). La semilla de los estudios agrarios y campesinos tardó mucho en desarrollarse y la *Revista* nunca logró constituirse en uno de los foros para su debate y desarrollo.

En ese primer período destacan no sólo las presencias sino también las ausencias. La historia, que como disciplina o como enfoque o método caracterizó a las ciencias sociales mexicanas, casi no apareció en la *Revista*. Se imponía en ella el enfoque sincrónico que se volvería dominante entre 1950 y 1965. También la guerra mundial estuvo ausente o se presentó de

manera indirecta, como si la *Revista* quisiera alejarse de lo coyuntural, de lo inmediato. La precaución se entiende: era común la experiencia de revistas de actualidad que veían la luz cuando ésta había cambiado. Pero queda la impresión de que había algo más que precaución: una intención de buscar lo intemporal con la creencia de que era lo importante. En fin, el primer período refleja algunas líneas de búsqueda de ciencias que querían constituirse como tales, procurando encontrar su espacio, sus temas y tratamientos específicos, su fisonomía gremial y lenguaje, su lugar en la sociedad y en la universidad. Esa búsqueda, pese a las fallas y fracasos, es lo importante. En su décimo aniversario, la *Revista* estaba consolidada; ya no era una promesa sino una realidad.

El segundo período cubre entre 1950 y 1960. Su advenimiento se anuncia en la portada del primer número de 1950 cuando al nombre del director: Lucio Mendieta y Núñez, se le agrega a renglón seguido, Doctor en Derecho. Una sutileza, una formalidad. Pero en ese período lo formal se fue convirtiendo en lo importante. La *Revista* se ubicó en un campo establecido: la sociología formal y académica, con sus divisiones y disciplinas auxiliares reconocidas. Con ello se distinguía y separaba de otras ciencias y enfoques, también de temas y autores que antes cobijaba. El interés por los pueblos indios de México y por su descripción etnográfica, que fue el tema más frecuente y dominante en el primer período, se relegó a un lugar muy secundario y casi desapareció.

Apenas una media docena de artículos en el decenio podría rotularse bajo el rubro de investigaciones etnográficas o folklóricas en México o fuera del país. Entre ellos destacan los trabajos de Jorge Martínez Ríos (número 3 de 1956), Mario Monteforte Toledo (número 1 de 1958), Juan A. Hasler (número 1 de 1959) y Roberto Mac-Lean y Estenós (número 2 de 1958), viejo colaborador respecto a los temas indígenas. Pero hasta esa media docena de trabajos presenta diferencias importantes con los del período anterior. La descripción se acompaña de una interpretación derivada de un problema con estatuto teórico reconocido: la aculturación o transculturación, relaciones sociales, rasgos psicosociales... Además de ser escasos, los trabajos de carácter etnográfico no conforman un conjunto articulado que refleje un área de interés prioritario de la *Revista*, como lo fue en el período anterior.

Los tiempos habían cambiado. Bajo el alemanismo, México se revistió con el ropaje de la modernidad, del crecimiento y la urbanización. También el ambiente intelectual se revistió para enfrentarse al reto de la modernización, más que al de su pasado. En ese proceso, los indios y campesinos fueron desplazados de su lugar central en la problemática de México para quedar en los márgenes, en los terrenos de la provisionalidad. Los paradigmas desarrollistas caían dentro del más amplio marco teórico del evolucionismo unilineal, que pronosticaba la inevitable extinción de los sectores atrasados o precapitalistas. Los campesinos y los indios, en proceso fatal de desaparición bajo esas concepciones, requerían

de una atención especializada, claramente distinta de la que requerían los sectores modernos. Esta distinción implícita permeaba los enfoques intelectuales, donde antropología y sociología se distanciaban, lo mismo que las políticas públicas. La fundación del Instituto Nacional Indigenista en 1948, después de un vacío de varios años en el aparato institucional, tomaba a su cargo la atención de los indios. Liberaba de esa responsabilidad a otras instituciones y, en cierta medida, también las expulsaba de su campo de acción y de reflexión especializado.

El indigenismo mexicano, que en la década de 1950 alcanzaba su madurez teórica al mismo tiempo que originaba debates importantes, apenas encontró un espacio marginal en la *Revista Mexicana de Sociología*. Gonzalo Aguirre Beltrán, el más importante teórico del indigenismo mexicano, publicó en ella un artículo de gran importancia: "Teoría y práctica de la educación indígena" (número 2 de 1954), que en buena medida orientaría la principal acción del Instituto Nacional Indigenista por dos décadas. Fue el único artículo de los teóricos del indigenismo mexicano en el segundo período. La soledad del trabajo destaca la retirada de la *Revista* de un campo del conocimiento y el debate nacional. Como si quisiera compensar esa retirada y reivindicar un derecho propio sobre el tema, pero con una perspectiva diferente, la *Revista* incluyó trabajos con enfoque sociológico sobre las minorías en los países desarrollados. Joseph S. Roucek fue el autor más importante alrededor de ese tema y uno de los colaboradores más destacados de la *Revista*: seis de sus quince colaboraciones entre 1953 y 1964 se dedican al tema de las minorías y su asimilación en los Estados Unidos. Llama la atención la desproporción e ilustra sobre la profundidad en el cambio de enfoque de la *Revista* en el segundo período.

Por otra parte, los temas de la sociología rural académicamente establecida ganan relevancia y se ubican entre los campos que la *Revista* promovió en su segundo período. Esa tendencia se manifiesta claramente en el número 3 de 1950, donde Gino Germani publica su artículo "El estudio integral de las comunidades", el marco general, y Neil Gross se encarga de la aplicación específica en su trabajo "Un esquema general para un análisis sociológico de las comunidades rurales". A lo largo de la década del segundo período, los autores y temas de la sociología rural figuran de manera discontinua pero frecuente en la *Revista*. T. Lynn Smith fue el autor más prolífico en ese tema con siete colaboraciones, incluyendo una revisión del estado de la especialidad en su trabajo "El desarrollo de la sociología rural en América Latina". Carle C. Zimmerman, destacado estudioso y teórico de la familia, también colaboró en la consolidación del espacio de la sociología rural con varios trabajos sobre la familia rural en los Estados Unidos. Llama la atención la ausencia de colaboraciones dedicadas al estudio del México rural o de colaboradores mexicanos en esa especialidad. Tal vez la única excepción a esa regla, y por ello destaca tanto, es el magnífico fichero bibliográfico "Bibliografía Sociológica (Sociología Rural)", compilado por María del Car-

men Ruiz Castañeda y Jorge Martínez Ríos, que aparece en cinco números sucesivos a partir del número 1 de 1958.

La sociología rural formal sólo adquiriría sentido por oposición con otra especialidad de la sociología: la urbana. Rural y urbano se concebían como oposiciones, como los polos extremos de un continuo, como modelos o tipos sociológicos enfrentados. En 1958, los dos primeros números se dedican preferentemente a temas de sociología rural y el número 3 recoge las ponencias presentadas en la primera reunión del Subcomité de Sociología Rural y Urbana de la Asociación Internacional de Sociología de la UNESCO, que parece consagrar la opción de la *Revista* por una sociología rural formal, funcionalista, empírica y rigurosa, pero al mismo tiempo distanciada de la rica y profunda vena histórica de los estudios agrarios mexicanos. El desarrollo de los estudios agrarios sobre México no se suspendió por aquellos años. Al contrario, prosperó y generó nuevos enfoques y debates. También se incorporó plenamente al campo de la sociología rural académica a través de trabajos como "México rural" de Nathan Whetten, que apareció en el número 2 de 1953 (abril-junio), de la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Esa revista, que se estableció como el foro privilegiado de los estudios agrarios, reflejó la profundidad e importancia que tenía ese debate político nacional.

La *Revista Mexicana de Sociología*, por el contrario, dedicó sus mayores esfuerzos en el campo de la sociología rural a la difusión de los trabajos de los profesionales extranjeros y de los modelos teóricos que proponían. En cierto sentido, lo mismo hizo la *Revista* con todos los campos de la sociología. Vale recordar que en 1951, a partir de la iniciativa del doctor Lucio Mendieta y Núñez, se estableció la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, que más tarde se transformó en facultad. La sociología se profesionalizó a partir de entonces. Se otorgaron títulos en esa ciencia y se desarrollaron intereses gremiales a su alrededor. Los estudiantes y profesores se constituyeron como la clientela eminente de la *Revista*, que naturalmente trató de capturarla; se sociologizó, si puede usarse ese barbarismo, al mismo tiempo que la disciplina se constituyó formalmente. La *Revista* sirvió a la formación de profesionales antes inexistentes, el sociólogo rural entre ellos, y les transmitió las tradiciones, métodos y posiciones formales hegemónicas de la disciplina y del gremio académico. Pagó por ello un precio elevado: se alejó del pensamiento social comprometido con los problemas del país y de los debates que lo transformaban. Apostó por el desarrollo de la disciplina en el marco de una comunidad sociológica internacional, a cambio de no mezclarse hasta mancharse en los debates políticos. Visto desde ahora, la apuesta no fue descabellada y tuvo un éxito parcial. El vínculo entre la sociología mexicana y la comunidad sociológica internacional a través de la *Revista* quedó firmemente establecido.

El tercer período, entre 1960 y 1965, aún bajo la dirección del doctor Lucio Mendieta y Núñez, es el más elusivo y menos marcado. Podría

considerarse como la culminación de las tendencias presentes desde 1950. Lo distingo como un período por dos razones: la primera se refiere al resurgimiento de la presencia de los temas indígenas, que claramente habían declinado en el período anterior. Es probable que el resurgimiento del tema indígena se debiera más a acontecimientos fortuitos, como las celebraciones y los números conmemorativos, que a una planeación a largo plazo. Nunca lo sabremos. La segunda razón se debe a que la preferencia creciente en el período anterior por la sociología funcionalista se convirtió en estos años en opción franca, casi en afiliación apenas contenida por el carácter institucional de la *Revista*. La sociología del desarrollo dentro de la corriente funcionalista adquirió preeminencia y se fortaleció la intención de aplicar el conocimiento sociológico para resolver problemas concretos. La sociología rural también se inclinó hacia esa perspectiva, acaso vinculada con la reforma agraria integral que había propuesto y promovido el gobierno de López Mateos. La promoción del desarrollo en el medio rural —entonces casi no se hablaba de desarrollo rural— se convirtió en uno de los objetivos de la disciplina. Funcionalismo, a la manera de Parsons, que colaboró en la *Revista* durante ese período, y aplicación al desarrollo, marcan este período.

La reaparición de los temas indígenas se hace presente con el trabajo de Roberto Mac-Lean y Estenós "Status sociocultural de los indios de México (exégesis histórica)" (números 1 y 2 de 1960). En el mismo número 2 de 1960, Miguel León Portilla publica "Algunos tipos de planificación indigenista" y José Sabogar "Programa de promoción de los indígenas michiringas..." del Perú, ambos con una clara intención de aplicación. El número 1 de 1961, dedicado a la memoria de Manuel Gamio —quien dirigió el Instituto de Investigaciones Sociales en 1938 y murió en 1960— es, de hecho, un número monográfico dedicado al indigenismo o a la antropología aplicada. En ese número colaboran, entre otros, Lucio Mendieta, Miguel León Portilla, Jorge Martínez Ríos, Jorge Hernández Moreno y Salomón Nahmad. En el número 1 de 1962 aparecen artículos de Gabriel Moedano y Martínez Ríos dedicados al folklore. La presencia de uno o varios artículos dedicados a temas indígenas se prolonga en todos los números hasta el 2 de 1963, año en que se celebran los veinticinco de la fundación de la *Revista*. Así que la hipótesis de un resurgimiento de temas indígenas parece fundada. Desafortunadamente, desde esa fecha hasta el fin de 1965 sólo aparece un artículo con esa temática: el de Martínez Ríos "Análisis funcional de la Guelaguetza agrícola" (número 1 de 1964), lo que le pone un pesado grano de sal a la hipótesis enunciada.

La misma orientación hacia la aplicación que se percibe en la temática indígena está presente en los trabajos de sociología rural en este breve período. Desde los artículos de Mendieta y Núñez "La propiedad de la tierra de reconstrucción social en nuestro tiempo" (número 1 de 1960), "Efectos sociales de organización agraria" (número 2 de 1961) y "Socio-

logía del desarrollo (número 3 de 1961) y el de T. Lynn Smith "Una sugerencia para la planeación de las comunidades rurales en América Latina" (número 2 de 1960), la vinculación entre la ruralidad y el desarrollo se vuelve dominante. El número 1 de 1965 es casi monográfico, dedicado a los temas de la sociología rural. En él aparece el tema de la reforma agraria promovida desde arriba, impulsada a partir de la cumbre latinoamericana de Punta del Este, Uruguay, en 1961, en el caso del Perú tratado por Mac-Lean y Estenós. Moreno Collado, Cornejo Cabrera y Morphet también contribuyen en este número ecléctico, junto con un importante artículo de Henry Lefebvre: "La teoría de la renta de la tierra y la sociología rural", que después no mereció la atención que ameritaba. De las colaboraciones de este período puede concluirse que la sociología rural académica mexicana todavía no adquiría una fisonomía propia y vigorosa, equiparable con la del indigenismo o la antropología aplicada, acaso porque inscrita dentro del marco funcionalista no lograba integrarse con la corriente del agrarismo mexicano.

En 1966, cuando Pablo González Casanova llega a la dirección, se suspende el desliz de la *Revista* hacia el funcionalismo y se abren sus puertas hacia las vigorosas corrientes críticas del pensamiento social latinoamericano, para distinguirlas de las más estrechas corrientes sociológicas. Se inaugura con claridad hasta visual, debida al cambio de presentación, el cuarto período de la *Revista*, que se prolongaría hasta 1976. En 1970 se hace cargo de la dirección Raúl Benítez Zenteno, lo que implica un período con dos directores. Es probable que desde una óptica diferente a la de los indios y campesinos, este período pudiera dividirse en dos. Me mantengo fiel al sesgo desde lo rural y lo considero un período único aunque desigual.

En los primeros cuatro años del cuarto período, la *Revista* parece dejar su papel de testigo para convertirse en protagonista de la primera articulación teórica en el pensamiento social de América Latina, que se condensa en la formación de una escuela propia: la llamada teoría de la dependencia, que de hecho es algo más amplio de lo que su nombre indica. La articulación del pensamiento social latinoamericano requirió la creación de espacios comunes para la interacción y la comunicación, la planificación y el debate. Estos espacios se abrieron a partir de múltiples iniciativas y focos: los congresos de la Asociación Latinoamericana de Sociología, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Santiago y, más tarde, la fundación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, y debe añadirse, la *Revista Mexicana de Sociología*, que alcanzó importancia como un órgano continental, gracias en parte a su historia y solidez institucional. Me parece, aunque no he podido compararlo, que ninguna otra revista de ciencias sociales ofrece el espacio para la expresión del abigarrado conjunto de autores, ideas y propuestas que hoy reconocemos como la teoría de la dependencia, pero que acaso deberíamos reconocer como la revisión crítica de las ciencias sociales latinoamericanas.

No voy a intentar una caracterización de la teoría de la dependencia en su sentido más amplio. Sólo señalaré para los efectos de esta reseña tres de sus elementos constitutivos: una base teórica en el marxismo que se manejó de manera crítica, sin dogmatismos; un sólido dominio de las ideas y los instrumentos de las ciencias sociales académicas "occidentales", que se aplican con libertad y a veces con audacia, y una preocupación casi obsesiva para entender y desentrañar una realidad social específica, que se reconoce como característica de América Latina. Los nombres de quienes contribuyeron a la formación y consolidación de esa amplia escuela son de sobra conocidos. Todos ellos aparecen como colaboradores de la *Revista* entre 1966 y 1970. Su influencia sacudió a distinto ritmo a las ciencias sociales mexicanas. A partir del movimiento estudiantil de 1968, que por cierto casi no se refleja en la *Revista*, y del crecimiento explosivo de las universidades, esas influencias fueron plenamente incorporadas al pensamiento social en México.

La escuela de la teoría de la dependencia, en su sentido más estrecho, tuvo una influencia poderosa, aunque indirecta, en la sociología rural mexicana o mejor, en el pensamiento agrario. Más directa fue la influencia de los autores que, participando en la gran corriente renovadora, se enfrentaron a las movilizaciones rurales que sacudieron a la América Latina en los años cincuenta y sesenta. Esa reflexión se condensó alrededor de los problemas de las reformas y del desarrollo agrario, reintroducidos en la agenda latinoamericana por la Revolución cubana y los objetivos pactados de la "alianza para el progreso" desde la reunión de Punta del Este en 1961: la reacción frente a la Revolución cubana.

En el número 3 de 1966 apareció el trabajo clásico de Aníbal Quijano "Los movimientos campesinos contemporáneos en Latinoamérica". Si no me equivoco, es la primera vez que el concepto campesino aparece en el título de un artículo. A partir de esa colaboración se agregan los trabajos de Eduardo Hamuy (número 3 de 1966), Antonio García (números 4 de 1966 y 4 de 1967), Jacques Chonchol (número 2 de 1967), Luis Antezana (número 2 de 1969), Ernest Feder (número 2 de 1969), Gerrit Huizer (número 1 de 1969), G. Santos de Morais (número 3 de 1969), Blanca Muratorio (número 4 de 1969), entre otros, contribuciones al análisis de la reforma agraria y el movimiento campesino en la América Latina. A partir de 1970, el caudal de las colaboraciones latinoamericanas, en parte alimentado por la publicación de las ponencias en los Congresos Latinoamericanos de Sociología, disminuye hasta casi suspenderse. Apenas se agregan los trabajos de Octavio Ianni (número 3 de 1971), Roger Bartra sobre el agro venezolano (número 3 de 1971), Paul Singer (número 2 de 1973), Juárez Rubens Brandao Lopes (número 1 de 1974), dedicado a la memoria de Jorge Martínez Ríos, Cristóbal Kay (número 1 de 1974) y de Jorge Dandler y otros (número 1 de 1976). Es notable la ausencia de los autores norteamericanos y europeos, como Eric Wolf o Eric Hobsbawn, entre otros muchos, que hicieron contribuciones centrales para el estudio

de los movimientos campesinos en América Latina. Por omisión o por voluntad, la corriente incluida en la *Revista* se limitó a los autores latinoamericanos.

En los primeros años del período, bajo la dirección de Pablo González Casanova, aparecieron en la *Revista* pocos trabajos sobre el agro mexicano. Ezequiel Cornejo Cabrera (número 2 de 1966) y Humberto Estevanez (número 3 de 1966) y Louis J. Duccof (número 2 de 1968), a los que hay que agregar dos trabajos sobre nutrición en México: Ramírez y Chávez (número 2 de 1967) y Ramírez (número 1 de 1969). Esta debilidad persiste con Benítez Zenteno, hasta el fin del período en 1976. En 1970 Gómez Jara (número 4 de 1970) y Jorge Balán (número 5 de 1970) publican sobre el agro mexicano. Hasta 1972 inician su colaboración los nuevos integrantes del área de sociología rural del Instituto de Investigaciones Sociales: Luisa Paré (número 2 de 1972), Roger Bartra (números 3 de 1972 y 2 de 1976), Pilar Calvo (números 3 y 4 de 1972), Sergio de la Peña (número 2 de 1974), a los que se suma Martínez Ríos (números 3 y 4 de 1972). Otros cuantos nombres se agregan a esta lista: Perelló (número 3 de 1975), Singelman (número 2 de 1973) y sin duda algunos otros que se me pasan. La escasez de las colaboraciones sobre el agro mexicano es más notable porque en esos años, sobre todo a partir de 1972, se desarrolló un activo debate alrededor de la naturaleza, posición y destino del campesinado mexicano. Fueron otros los foros de ese debate: las revistas *Comercio Exterior*, *Cuadernos Políticos* y en menor grado, *Historia y Sociedad*, entre otras, además de libros y folletos. Los miembros del área de sociología rural del Instituto de Investigaciones Sociales fueron activos participantes en ese debate; incluso se les identificó como uno de los bastiones de la posición "proletaria", pero la *Revista* no se convirtió en uno de los espacios de participación. Quedó como testigo de una de las posiciones.

El tema indígena, o más estrictamente étnico, ya para entonces más o menos claramente separado de los estudios rurales, tuvo una presencia menos oscilante pero poco nutrida en ese período. Las colaboraciones de los investigadores mexicanos se alternaban y mezclaban con los trabajos de los latinoamericanos. Gonzalo Aguirre Beltrán (número 1 de 1969), Guillermo Bonfil (número 4 de 1967), Moisés González Navarro (número 1 de 1960), Raúl Béjar Navarro (número 3 de 1969), Olivera y Romero (número 2 de 1973), Pierre Baucage (número 1 de 1974) y Roger Bartra (número 1 de 1974), colaboran con trabajos sobre los indígenas o el indigenismo mexicano. Pero esos trabajos, con algunas excepciones, no inciden en el debate sobre el indigenismo mexicano iniciado en 1968. La *Revista* se quedó, otra vez, al margen de la discusión que transformó los enfoques del indigenismo en México. Las colaboraciones de Florestán Fernández (números 4 de 1966 y 2 de 1971), Jean-Loup Herbert (número 4 de 1967), Cardoso de Oliveira (número 1 de 1970), Octavio Ianni (número 2 de 1975), sobre los problemas étnicos de Brasil y Guatemala ofrecen

un marco para la comparación y enfoques alternativos, pero no pueden ofrecer un panorama latinoamericano sobre el indigenismo.

El quinto y último período se inicia en 1976, cuando toma la dirección de la *Revista* Julio Labastida Martín del Campo, y se prolonga hasta la actualidad. Como en el período anterior, son dos los directores: Labastida hasta 1983 y Carlos Martínez Assad hasta la fecha, pero la continuidad se impone sobre los cambios de matiz. En el último período, la *Revista Mexicana de Sociología* adopta la modalidad de los números monográficos, o más frecuentemente secciones temáticas que agrupan las colaboraciones coincidentes, a las que a veces se agregan algunos artículos sueltos. La concentración de colaboraciones alrededor de un tema en un número de la *Revista* tenía antecedentes, pero la adopción del modelo temático, que implica un trabajo de planeación, se consagró en este período. Por regla casi general, en las secciones o números temáticos se mezclan autores mexicanos con los de otros países, aunque el marco latinoamericano se conserva casi siempre como frontera, como foco. Cuando los temas así lo requieren, lo que sucede con frecuencia creciente, al foco latinoamericano se agregan casos o autores relevantes de otras partes del mundo. Esto se traduce en concentración, diversidad de enfoques y de posiciones. Algunos números se convierten en evaluaciones de estado del arte y del oficio alrededor de un tema. Otras veces, los temas han abierto áreas de estudio a las que se dota con un estatuto novedoso para su discusión. A veces se pierde la actualidad inmediata, que tampoco se logró con los otros modelos, pero se preservan el marco comparativo y la pluralidad, la fortaleza acumulada por la *Revista* en su ya larga historia.

No voy a reseñar la diversidad y pertinencia de los temas tratados. Me mantengo fiel en el sesgo campesino e indio, en la restricción adoptada para poder apreciar la totalidad. Sólo cuatro números en el último período se dedican íntegramente o tienen una sección dedicada a los problemas rurales: el 3 de 1977, con el título de "Cuestiones agrarias en América Latina"; el 1 de 1981, dedicado a "Campesinos y campesinas"; el 3 de 1985, "Campesinos, capitalismo y estado", y el 1 de 1988, con tres secciones: "Perspectivas en el campo", "Economía campesina" y "Sociedad y política en el campo". Cada una de las secciones contiene entre cuatro y doce colaboraciones de autores diversos por su área de interés, posición, nivel de abstracción y metodología. Así, se mezclan el trabajo teórico abstracto con el estudio de caso y se ponen juntos los problemas de varios países de América Latina. Los trabajos que estudian el medio rural o más específicamente el tema campesino no se restringen a los números monográficos y aparecen también bajo otros temas en los cuales resultan relevantes. Registré cuando menos diez números, y puede que sean más, con uno o más artículos dedicados al tema rural o campesino. Pongo un ejemplo: en el número 4 de 1979 y en el 1 de 1980 aparece una sección dedicada a "Estudios norteamericanos sobre México". En el marco de la producción global de investigaciones sociales en México

rurales o campesinos. Aprovecho el ejemplo para señalar la reincorporación a la *Revista* de los investigadores estadounidenses y europeos, sin merma de las colaboraciones latinoamericanas.

La deformación obliga y debo decir que el tema agrario, campesino, rural o como quiera que se le nombre, me parece subrepresentado si se confronta con la proporción cuantitativa y el peso cualitativo de los sectores rurales en México y en América Latina. También persistiría la subrepresentación si los trabajos aparecidos en la *Revista* se pusieran en el marco de la producción global de investigaciones sociales en México y en América Latina. Pero en otros marcos, la relativa escasez de los temas agrarios corresponde con procesos que han afectado a las ciencias sociales en latinoamérica, México o el Instituto de Investigaciones Sociales en particular. Muchos núcleos dedicados a las investigaciones agrarias hace tres lustros se han disuelto. Por razones derivadas de las restricciones económicas, combinadas con los relevos generacionales, la intensidad del trabajo del campo ha disminuido y los grandes proyectos para el estudio integral de una microrregión rural no se renovaron. El debate agrario de los setenta se disolvió sin superarse, se desgastó en disputas ideológicas estériles. El tema agrario perdió centralidad e importancia en los medios académicos, dejó de estar de moda por causas complejas. Lo mismo sucedió con casi todos los temas centrales de la década de los sesenta y no surgieron los temas o enfoques que ocupen su lugar y hereden su prestigio. Las ciencias sociales están fragmentadas, carentes de focos comunes, en busca de un nuevo espacio para su inserción en la sociedad. En ese sentido, la subrepresentación es apenas un testimonio de lo sucedido.

En los temas indígenas, la subrepresentación es más grave. Apenas una sección, con tres colaboraciones agrupadas con el título "Sobre indigenismo", en el número 3 de 1985, cubre el campo durante el último período. Tampoco puede localizar muchos artículos que en otras secciones trataran el tema. Aunque alguna explicación pudiera buscarse en este caso, no bastaría para justificar la casi omisión. En los últimos años, el tema indígena parece moverse con vigor de la periferia al centro. Desde mi deformación, me parece que alrededor de los problemas étnicos y nacionales, de la pluralidad y a veces la fragmentación social, de la discriminación, se está gestando uno de los debates importantes en las ciencias sociales de México, América Latina y, nada menos, el mundo. Ojalá que la *Revista* le abra intencionadamente un espacio. Sería como volver al origen para mantener con nuevos ojos una fidelidad heredada del pasado.

En el último período aparecen signos muy alentadores sobre la madurez de las ciencias sociales en México y en Latinoamérica. Hay evidencias y esperanzas de que las estrechas y opresivas barreras disciplinarias heredadas de las ciencias sociales académicas en los países ricos se están rompiendo. En el último período casi no hay colaboraciones que se inscriban voluntariamente en los campos formales antes predominantes. Casi nadie

habla de sociología rural, por ejemplo. No son los campos abstractos sino los sujetos sociales los que definen las fronteras de la investigación. En el caso de los estudios rurales, los trabajos se articulan alrededor de un sujeto específico: los campesinos. Sean reconocidos como clase, modo de producción articulado, sociedad parcial y subordinada, clasificaciones que ya no se discuten como hace quince años, los campesinos son tratados como un sujeto social. Los límites y las vinculaciones de la investigación se derivan de la acción de los campesinos, no de las normas formales de la disciplina. Los estudios en función de los sujetos se articulan con otros estudios de manera novedosa sin configurar disciplinas sino campos de interacción fluidos y cambiantes, verdaderos laboratorios del vago ideal de la "interdisciplinaridad".

En este último período, también llama la atención el uso de la historia como instrumento de conocimiento, que acaso se derive del reconocimiento de los sujetos sociales como los que definen el campo de la investigación. Puede que la pobreza de recursos para la investigación en México y de América Latina también influya en la orientación histórica, la más barata y tardada de las metodologías. En la historicidad de los sujetos y de los procesos sociales, las ciencias sociales mexicanas reivindican una de sus más valiosas herencias con implicaciones teóricas, metodológicas y técnicas. El reconocimiento del cambio y la transformación como constitutivos del sujeto de estudio es cada vez más frecuente y general. Es otro de los signos de madurez de las ciencias sociales de México y la América Latina. Esos signos le otorgan al trabajo de investigación social una fisonomía propia, cada vez más acorde con su posición de observador objetivo y participante apasionado.

Apareció el síntoma de la predicción trascendente, virus mortal que todos llevamos en estado latente. No hay aviso más claro de que es tiempo de terminar con esta reseña personal, sesgada por la deformación profesional y el orgullo de ser propietario de una herencia. Se me ocurre pensar que dentro de poco, unos cuatro números más, cada vez que aparezca la *Revista* estará más cerca de su centenario que de su fundación. Puesto así, suena impresionante, casi opresivo. La tradición y los aniversarios provocan solemnidad, insignificancia y trascendencia histórica mezcladas. Podemos debatir inútilmente si debemos más al pasado que al futuro o resolver salomónicamente que es al presente, y seguir trabajando, devengando nuestros magros salarios como servidores públicos que tratan, confusamente, de servir a la sociedad.